

fiesta su gloria, como Unigénito del Padre, redundante en gracia y lleno de verdad.

El fundamento de nuestra fé es la existencia de Dios uno en esencia y trino en personas, que siendo realmente distintas, y procediendo el Hijo del Padre, y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, no tienen sino una misma esencia y naturaleza, con los mismos atributos. Por más agigantada que quiera mostrarse nuestra inteligencia, no puede comprender cómo una naturaleza deje de multiplicarse, multiplicándose las personas; era necesaria la revelación del mismo Dios para conocer esta verdad, cuya existencia, si no repugna á la razón, se le esconde siempre bajo el velo impenetrable del misterio. Conocerla, equivale á saber todos los secretos de la Divinidad, todos los resortes de su sabiduría, y toda la economía de su providencia. La creación del mundo, la formación del hombre, su caída, su levantamiento, todo es un misterio oculto á la ciencia humana; pero no bien se deja ver María, todos leen en Ella, como en un gran libro, quién es Dios, qué personas tiene, cómo se llaman, qué objeto tiene en sus obras, y qué vale á su vista y presencia el hombre, pues todo lo enseña María con mostrarnos á su Hijo. Todo esto aprende la humanidad con la maternidad de María.

En realidad, es sorprendente cómo Dios se vale de una pura criatura, para manifestarse por medio de Ella y hacerse conocer de todos; pero brilla en esta obra la sabiduría eterna, que escoge los medios en proporción con la debilidad de las criaturas que quiere santificar y elevar hasta sí. La manifestación de Dios á los hombres en la Encarnación de su Hijo es el hecho más portentoso, más allá del cual no puede ir la omnipotencia. Se descubre en Él la persona del Padre que impone al Hijo el precepto de venir al mundo, para que, tomando carne humana, haga en esta naturaleza lo que no puede hacer

en la divina, que es el oficio de mediador entre la Divinidad ofendida con justicia, y la humanidad criminal que no tiene fuerza para satisfacerla. Se revela este mismo Hijo, que, indivisible con su Padre en la naturaleza, desciende personalmente á las entrañas de una Virgen, y sin dejar de ser Dios de Dios, luz de luz, resplandor de la gloria increada y figura de la sustancia del Padre, se reviste de nuestra naturaleza, tomando un cuerpo como el nuestro, y sometiéndose á todas las miserias inherentes á su esencia de criatura débil y perecedera, que empiecen por el vagido infantil de la cuna, y concluyan con el suspiro triste de la muerte. Se nos manifiesta también el Espíritu Santo, cuya virtud divina, cubriendo con la blancura de sus alas el candoroso corazón de una Mujer, forma en ella aquel cuerpo que ha de ser animado con la presencia real y personal del mismo Dios de quien Él procede; para que ninguna criatura sino María tenga participación en esta gran obra, concurriendo á Ella sólo el Padre, que envía; sólo la persona del Hijo, que se humana; sólo el Espíritu Santo, que organiza el sagrado cuerpo del Verbo divino.

Todas estas sublimes grandezas se desprenden del misterio de la Encarnación; pero si quitamos á María, si la apartamos de esta empresa divina, el mundo de las inteligencias quedará tan tenebroso como quedaria el mundo material si de repente subiese el astro del día al espacio de la superficie donde giran las estrellas. María es el astro luminoso que esclarece nuestros espíritus, y al aparecer entre nosotros como Madre de Dios, nos conduce infaliblemente al más exacto conocimiento del Hijo, y por medio de éste al del Padre y el Espíritu Santo; porque con cada una de estas tres divinas Personas la unen relaciones que, siendo realmente distintas como ellas mismas, se identifican y singularizan por el objeto, que no es más que uno: el de mostrarse Dios á los hom-



bres en su unidad esencial y trinidad de personas. Mision tan extraordinaria apenas parece que pueda caber en una criatura, pues para decir al mundo lo que es Dios en su naturaleza, sólo se concibe que pueda hacerlo el mismo Dios, que se comprende perfectísimamente á sí mismo; pero desde que este Dios se hace Hijo de María, como Madre conoce su naturaleza, sabe sus propiedades y tiene el cargo de enseñárselas á todos los hombres, porque el fruto de su vientre no solamente es Hijo de Dios, sino hijo tambien del hombre.

Así es, católicos; unidas en Jesucristo las naturalezas divina y humana en una sola persona divina, no puede conocerse al hombre sin conocer tambien al Dios, pues es una misma personalidad. María concibe y engendra á este Dios, y son tan extensas las relaciones naturales que adquiere con la Divinidad, que al ser elevada á concebir al Hijo, necesariamente se une con intimidad al Padre. No puede concebirse que el Hijo venga á ser mediador sin que suponga la existencia de una persona divina que lo envíe en virtud del derecho de paternidad que tiene sobre Él; ménos puede entenderse que este Hijo pueda satisfacer á la justicia divina, si no es Dios igual y consubstancial al Padre, porque es preciso que para borrar una ofensa infinita, el mérito de la satisfaccion reciba un valor infinito. De aquí es que el Hijo necesariamente ha de ser de la misma naturaleza y esencia que el padre, uno como Él, indivisible en sus atributos, porque no pudiendo darse dos séres infinitos, atendido que uno excluye la existencia del otro, en la mision del Hijo que cumple la voluntad del Padre y se humilla en la naturaleza que toma, se ve claramente la unidad de esencia con la personalidad del Padre que engendra y la del Hijo que es engendrado.

¡Cuánta luz derrama esta sola verdad en las inteligencias humanas! Aquel Dios que con su palabra crió al

principio los cielos y la tierra, se ve que no es el sér indiferente que, segun decian unos filósofos antiguos, se pasea entre los polos de los cielos sin cuidarse de las cosas sublunares, ni ocuparse en el estado de los hombres. (Job., cap. xxii, 14.) Es un espíritu purísimo, que llena con su inmensidad los cielos y la tierra, dando movimiento á los astros, vegetacion á las plantas, animacion al hombre que vive y se mueve y respira en él; es un Sér infinito, que contiene dentro de sí á los demás séres, sin confundirse con ellos, dándoles á todos, no su propia sustancia, como pensaba la ciencia errónea, sino lo que conviene á cada cual en razon de criatura. Es un Padre que determina dar á su hijo un patrimonio, sacando de la nada ejércitos de espíritus que le sirvan dia y noche, cumpliendo sus voluntades, y lo alaben y bendigan por sus perfecciones infinitas, y además forma los pueblos y naciones para que sean su herencia. Es tambien un Padre amoroso para con los hombres, que se compadece de sus miserias, y viéndolos condenados á una proscripcion eterna, los adopta por hijos en su propio Hijo, haciéndoles herederos de su gloria, predestinándolos en este objeto de sus complacencias á los goces celestiales. Es un Criador á quien asiste de justicia el derecho de exigir de toda criatura racional el culto y la adoracion como homenaje debido á su santidad y como efecto de gratitud; es un Juez recto que no puede ménos de examinar las acciones de los séres á quienes gratuitamente ha donado la gracia que no podian merecer, y la opcion de elegir lo bueno ó lo malo, para dar á cada uno su merecido en una vida que dure tanto como el que la dió, pues con la misma generosidad los hiciera espirituales é inmortales. ¿Dónde está, pues, el paganismo con sus dioses multiplicados hasta lo infinito? ¿Dónde las doctrinas erróneas del hombre, que convertía la gloria del Dios incorruptible en imágenes de sierpes y cuadrúpedos y reptiles? ¿Dónde



el vano filosofismo que atribuyera al acaso la existencia de la materia organizada? Es un edificio de arcilla, fundado sobre la movediza arena de la ciencia humana guiada por su propia razon, edificio que se pulveriza con sólo decir que María engendra en sus entrañas al Hijo de Dios, que es tambien Dios. Si el hijo de Abraham, conecedor de la unidad divina, se llenaba de espanto sólo con oír pronunciar el nombre de Jehová, comprende que hay un amor infinito en este mismo Dios, como que tiene entrañas de Padre; amando al Hijo que engendra eternamente, necesariamente ama á los hombres, pues quiere que su propio Hijo tome su naturaleza y sea individuo de la gran familia.

Aquellas maldiciones que se fulmináran en las montañas de Garizin; aquellas flagelaciones con que los visitáran en las épocas de sus apostasías; aquellas voces terroríficas con que les hablára por medio de Moisés y los Profetas, no manifiestan al ser áspero y duro que se complace en dominar por el espanto, ni al tirano que tiene su gloria en el avasallamiento de los inferiores, sino al padre compasivo que amenaza á sus hijos con males menores, para contenerlos en los límites de sus deberes, á fin de que no caigan en otros de consecuencias más terribles y trascendentales. El amor que tiene al Hijo de María es infinito, el que tiene á la Madre es infinito, el que tiene á los hermanos de su Hijo es infinito, y se lo tiene á éstos precisamente, para excluir con el amor infinito el que Dios tiene necesariamente á la culpa y al que la quiera cometer, sabiendo lo injuriosa que es á la naturaleza y santidad infinita. Hé aquí un sublime conjunto de verdades que por su naturaleza van á objetarse al espíritu; pero necesitaba el hombre que los sentidos tomasen parte en su conocimiento, para confirmar con la experiencia lo que la fé y el raciocinio enseñaba y percibía. Era el Hijo de Dios quien tomara á su cargo

propagar entre los hombres la doctrina pura y exacta sobre la naturaleza de la Divinidad; pero para oír la voz de este Maestro es preciso dirigirse primero á María, porque Ella es quien le da vida temporal; Ella la que lo concibe y da á luz, y Ella le da aquella lengua y labios divinos con que se han de transmitir á los hombres las verdades augustas que los salvan. De manera que el Dios invisible en su naturaleza, se hace visible en la que le da María, manifestándonos su origen y procedencia, el objeto de su venida al mundo, lo que le une con su Padre y lo separa de Él, lo que le hace igual y lo constituye inferior. Él, dice, es el principio de todas las cosas, por quien se ha hecho cuanto hay en los cielos y en la tierra; Él publica que su Padre y Él son una misma cosa; que su Padre lo ha enviado, y que está siempre con Él, no hablando sino porque lo ha mandado su Padre, y lo que le ha prescrito su Padre. Dice que va á morir por su propia voluntad; que es dueño de morir y vivir, pero que en lo primitivo cumple el mandato que ha recibido; afirma que resucitará triunfante y glorioso; que subirá á sentarse á la diestra de su Padre, y que de allá enviará el Espíritu Santo, el mismo que será tambien enviado por el Padre en su nombre.

Este Maestro divino está enseñando á los hombres por espacio de treinta y tres años, ora con ejemplos sublimes, ora con palabras celestiales; pero todas estas acciones y palabras son una donacion que le ha venido de su Madre, que le diera la naturaleza humana, así como su sabiduría infinita es otra donacion que le hace el Padre en su generacion infinita. ¡Ah! Es tan admirable esta armonía y union que hay entre el Hijo de María, que nada puede hacer como hombre sin que lo haga como Dios, ni puede manifestarse el hombre sin que se descubra al Dios, siendo tan recíproca la accion, que al hablar Dios articula el hombre, y al morir el hombre espira



Dios. Para realizar esta comunicacion portentosa han concurrido respectivamente del mismo modo el Padre celestial y la Madre terrena, dando aquél al Hijo cuanto es en su esencia divina, y Ésta participándole cuanto Ella es en la naturaleza humana; hay, sin embargo, una diferencia entre el Padre eterno y María en la generacion, y es que el Padre sólo puede engendrarlo esencialmente Dios, mas no hombre, y María lo engendra esencialmente Hombre-Dios, porque á la humanidad, que es concebida en sus entrañas, se une hipostáticamente en el primer momento de la generacion Aquél que eternamente es engendrado por su eterno Padre, Dios de Dios.

¡Incomparable dignidad de María! ¡Incomprensible misterio de su maternidad divina! Pero debemos comprender que precisamente en esta generacion simultánea es donde Dios constituye el modo de comunicarse á todos y á cada uno de los hombres, siendo la Madre el medio para elevarse lo finito á lo infinito, la criatura al Criador, el hombre á Dios. Hasta entónces no habia dejado oírse en la tierra la voz dulce y amorosa del Padre; si en épocas remotas se dirigiera á Abraham prometiéndole bendiciones en su linaje; si más tarde habla familiarmente con Moisés, dándole imperio sobre Faraon para castigarlo, y sobre los descendientes de Jacob para gobernarlos; si entre fulgurantes rayos publica sus leyes y preceptos desde las alturas del Sinaí y del Horeb, no es propiamente la voz divina la que hace retemblar los montes, la que instruye ó anuncia el porvenir, sino la voz angélica, cuyo ministerio es el intermediario entre la naturaleza infinita y los hombres, para recibir órdenes de Aquélla y comunicarlas á éstos; y si algunas veces los consuelan, muchas más son las que les causan miedo y espanto; de tal manera, que en el desierto el pueblo de Israel se encuentra tan estremecido despues de haber percibido los primeros ecos de aquella voz, que suplica á

Moisés que no sea á la muchedumbre, sino á Él, á quien Dios hable, pues nadie tiene valor para escuchar sus terribles acentos.

Pero desde que María engendra al Hijo de Dios, ya no es la lengua de los ángeles la que anuncia al mundo las voluntades divinas, sino la misma voz del Padre celestial. Se encuentra su Hijo en medio de los hombres, y ora se vean agobiadas las riberas del Jordan por innumerables penitentes que acuden á ser lavados en sus aguas, ora no haya más testigos que tres discípulos en las vertientes del Tabor, ora hormiguen en las turbas en los perístilos del templo de Jerusalem, la voz del Padre hiende suave y melodiosa los aires para dirigirse al Hijo y á la concurrencia que lo rodea y admira. Aquí asegura que lo ensalza y lo ensalzará; allí que es su Hijo bien amado en quien tiene sus complacencias, y en otra parte manda á los hombres que oigan su doctrina, pues para enseñarnos ha tomado su semejanza. Este Hijo de Dios es el Hijo de María. No es ménos visible el Espíritu divino en la gran obra de la Encarnacion: fuera Él quien santificára las almas, quien inspirára los Profetas, quien recorriera las aguas, segun la sublime frase de Moisés; pero á pesar de su influencia directa en la creacion del mundo, en la coordinacion de las especies y en la justificacion del hombre, era un Dios verdaderamente escondido para nuestras inteligencias; mas desde que María contrajo con Él las relaciones de Esposa, esta augusta Persona divina se manifiesta al mundo con todo su amor y difundiendo por todas partes sus dones. No basta que Él haya formado en el seno de María aquel cuerpo divinizado por la persona del Hijo, de lo que María puede dar testimonio, pues no ha aceptado la dignidad de Madre hasta que no ha sido certificada de que sólo el Espíritu Santo tendria parte en la generacion temporal de su Hijo; desde que el Hijo de María se muestra en público, se sim-



bolizan á la vez el Padre celestial hablando con Él y con los hombres, y el Espíritu Santo cerniéndose como cándida paloma sobre el primero para que lo vea la muchedumbre, y posándose más tarde sobre los segundos en figura de lenguas de fuego, y llenando su morada con un suavísimo viento celestial, emblema de sus divinas inspiraciones. ¿Puede darse mayor manifestacion de Dios á los hombres? ¡El espíritu humano elevado al conocimiento de las tres Personas divinas! ¡Los sentidos dando testimonio de cuanto la revelacion enseña al alma, oyendo la voz del Padre, palpando las acciones del Hijo, sintiendo las influencias del Espíritu Santo, y percibiendo la presencia de Dios, pudiendo decir con Job: «He oido hablar de Tí, pero ahora te veo con mis propios ojos!» *Auditu auris audiri te! Unus oculus meus videt te!* (Job, cap. XLII, 5.) ¡Oh misterio de amor! ¡Oh dignacion infinita!

Realmente es inmensa la deuda que la humanidad tiene con Dios; pero no es menor la que tiene con María; porque si bien el modo en Dios es infinito, y en María limitado, el objeto es el mismo. Dios se nos manifiesta por la Encarnacion en su esencia y en sus personas enseñándonos los atributos de aquélla y las propiedades de éstas; pero es por medio de María. El Hijo eterno es el vínculo que mutuamente une al Padre con Él; mas este mismo lazo une á María con la Divinidad; la une con el Padre, cuyo Hijo empieza á ser Hijo de María; la une con el Hijo, á quien da el sér temporal; la une con el Espíritu Santo, que forma el sagrado cuerpo en las entrañas de María. Así como donde se vean los rubicundos fulgores del alba risueña se anuncia la inmediata presencia del sol, así tambien en cualquier parte que se presente María se sabe ciertamente que allí está Dios; para conocerlo, no hay más que acercarse á María. El Hijo nos guía al conocimiento del Padre; pero no es posible conocer al Hijo

sino por medio de la Madre. Siendo imposible la vision intuitiva de Dios, miéntras nuestra alma esté ligada á órganos groseros como son los sentidos, y queriendo Dios que lo conozcamos en esta vida, reemplaza en cierta manera la gloria del cielo en la tierra, proporcionando una especie de vision clara y purísima por medio de los mismos sentidos, siendo María el espejo donde veamos reflejar directamente los resplandores de la Divinidad.

Bien persuadido estaba de esta verdad San Cirilo de Alejandría cuando, levantándose en medio de los Padres de Éfeso, pronunció aquel sublime discurso, cuyas palabras no puedo omitir: «Veo alegre, dice, este Senado de Santos, que se hallan reunidos obedeciendo al llamamiento de la Madre de Dios. ¡Bendita sea la Santa Trinidad, y désela gloria y alabanza! ¡Sea tambien gloria y honor á Tí, oh Santa Madre de Dios! Por Tí es santificada y adorada la misma Trinidad, y todas las criaturas, despues de conocer y despreciar la vanidad de la idolatría, han adorado la Cruz y recibido el bautismo.» (*Homil. cont. Nestor.*) ¡Qué doctrina tan sublime, pero al mismo tiempo tan ilustradora, sobre la Beatísima Trinidad! ¿Qué inteligencia humana, por limitada que sea, dejará de entender que las personas divinas no son puras abstracciones de la razon, sino tres personas realmente distintas, cuando ve y sabe que la segunda es el Hijo, cumple un hecho positivo y sensible, como es el de tomar carne en el seno de María, vivir con los hombres y morir en un madero? ¿Quién al creer que muere el Hijo sin que mueran ni padezcan el Padre ni el Espíritu Santo, no comprende que, siendo Dios quien espira en la Cruz, hay en la Divinidad una naturaleza indivisible é ingenerable, con las mismas operaciones esencialmente únicas é inseparables, pero propias unas de una persona y otras de otras? Cuando el que espira en el Gólgota invoca á su Padre y habla á su Madre; cuando promete el envío del Espíritu Santo,



¿habrá razon que no comprenda la unidad de esencia y la trinidad de personas?

Sí, católicos; el Cristianismo entero es un hecho sublime encerrado todo en la maternidad de María; María lo descubre, María lo hace ostensible, María lo desarrolla, mostrando á su Hijo como al Rey de los siglos, al consumidor y autor de nuestra fé, al Hijo de Dios, á su propio Hijo, y por fin á nuestro hermano. María nos enseña tambien las operaciones del Padre, que la da á su Hijo para que se entregue al mundo; y, por fin, nos muestra al Espíritu Santo, que, despues de haberla cubierto á Ella con su sombra y virtud, nos santifica á todos y nos robustece con su gracia.

¿Tenía razon San Bernardo para afirmar que María es el complemento de la Santísima Trinidad? ¡Ah, católicos! No la completa en Ella misma, porque es un Dios infinito; pero la completa en sus obras exteriores, á las que concurre, y en el conocimiento que nos suministra de su unidad de naturaleza y distincion de personas. Si queremos, pues, elevarnos hasta Dios y tener nociones exactas de sus perfecciones, no pongamos ante nuestros ojos los prismas seductores de una ciencia depravada que se ha decorado con el nombre de filosofía para sorprender á los incautos. En el estudio del Cristianismo, tal como nos lo propone la Iglesia católica, tenemos el punto céntrico de donde proviene toda luz que ilustra, sin deslumbrar ni turbar nuestras pupilas; este centro es María, en cuyo seno descansa el Sol de justicia, derramándose en su derredor copiosas madejas de fulgores divinos que nos llevan al Padre celestial. Yo no cesaré, en cuantos discursos tenga el gusto de hacer sobre la Religion, de inculcaros la gran importancia del conocimiento y amor de María, como que estoy persuadido, por la enseñanza de la gloria y la no interrumpida doctrina de los Santos, que María es la estrella que nos alumbrá en las tinieblas de

la ignorancia, el faro que nos muestra el puerto de salvacion, la tabla que nos saca del naufragio de la culpa, y la maestra que nos ilustra sola la naturaleza de Dios y nos enseña incesantemente sus misericordias. Estudiemos, pues, con humildad las prerogativas de esta gran Señora, y veremos en Ella al terror del infierno, al gozo del ángel, al consuelo del hombre, á la Reina que nos corona, á la Madre que nos acaricia, y, por fin, á la Mediadora del mundo, para que su Hijo lo mire con piedad, y, perdonándonos las culpas, nos dé su gracia en la tierra y su compañía en el cielo, que os deseo á todos. Amen.